

ciencia universal, arrastrando la tiranía por el infierno perdurable de la historia? El que Josefo no diga una palabra de todo esto en su odio á Herodes; el que se callen todos los evangelistas con excepción de San Mateo; el silencio ya indicado antes de Suetonio y de Tácito les maravilla por todo extremo. Hay, sin embargo, un texto de Macrobio que no consiente dudas respecto del degüello referido por San Mateo y conmemorado como una tradición capital por toda la Iglesia. El texto dice, poco más ó menos, así: «Sabedor Augusto de que había Herodes, rey de los judíos, ordenado la degollación en Siria de numerosos hijuelos comprendidos en la edad de dos años abajo, sin excepción de su propio hijo, exclamó: «Preferible ser el cerdo á ser el hijo de Herodes.» Pues bien, tal indudable párrafo les parece á los críticos modernos una grosera interpolación, fundados en que Antipáter, hijo del rey Herodes, no tenía la edad que le atribuye Macrobio en sus palabras. No obstante las anteriores observaciones, hay muchos historiadores, aun historiadores protestantes, que creen fácil, y hasta probable, una demencia, como la cruelísima demencia del rey Herodes. En sentir de sabios tales redújose la disposición tiránica del rey al casco de Belén. Y como en Belén, pueblo pequeño á la sazón, solamente podía, en aquel tiempo, haber escaso

número de criaturas pequeñas y recién nacidas, comprendió á muy pocos la infame resolución, y comprendiendo á muy pocos, no pudo trascender muy lejos. Aducen más todavía los defensores de la indudable autenticidad del hecho, aducen las dificultades naturalísimas para que historiadores latinos, por su natural residencia en Roma necesitados de componer una historia en cuyas dimensiones cupiera toda la historia romana, pudieran tratar al por mayor, y con minuciosidades, historia por su propia naturaleza tan oscura como la historia de Judea. Pero no persuaden estas reflexiones á los críticos racionalistas, empeñados todos ellos en tratar la degollación de los inocentes cual hecho de mera historia; y como escribieran largas críticas respecto del portal de Belén, respecto de la estrella guía del grupo regio que llevó al portal de Belén las regias ofrendas, empeñarse todos á una en la negativa y sostienenla con más ó menos especiosas razones. Dados á su tema declaran interesantísimo para los evangelistas rodear la infancia del Salvador de cuantos peligros quieren la historia y la leyenda circundar el nacimiento y la juventud de todos los grandes hombres. Herodoto, dicen, al contar en su libro primero la niñez del conquistador Ciro; Tito Livio en los comienzos de sus relatos, al contar la increíble



adolescencia de Rómulo; Suetonio, al describirnos los primeros años de Augusto; el Génesis, al transmitir las tristezas de Abraham joven; el Éxodo, al recordar cómo sus padres tuvieron que poner la cuna de Moisés á merced de las aguas del Nilo; todas estas historias y todos estos historiadores han creído congruente con el ministerio representado por los hombres venidos á esclarecer un siglo y salvar una raza estas persecuciones, dirigidas contra todos los que representan el progreso por todos los que representan la reacción en el mundo; Strauss añade que respecto del Bautista y Herodes también hase formado una leyenda por muchas almas piadosas admitida, por muchos pintores y otros artistas puesta en los cielos y en los altares del arte, pero apócrifa, del todo apócrifa en la historia. Y hay un Herodes que mata, una Salomé que persigue y una degollación que pasa, como la degollación de los inocentes, á las tablas del arte, á los altares del culto. El único precedente que halla Strauss para explicar la tradición, recógelo en las profecías de Oseas, donde se dicen estas palabras, por el Evangelio ya citadas: «He llamado de Egipto al Hijo mío.» Luego la presentación de Jesús al templo y la vuelta de sus padres á Nazareth sirve para que diserte Strauss con mayor ó menor crítica sobre la degollación de los inocentes.

Pero cúmplenos decir á nosotros que siempre fué para los judíos Herodes el *Grande* un pecaminoso tirano, y, por consecuencia, los hechos, que se le atribuyen por la tradición y por la historia religiosas, concuerdan mucho con su temperamento y con la impresión profundísima de su nombre y de su recuerdo en la conciencia y en la historia. Primeramente los pueblos asiáticos engendran tiranos, como los desiertos asiáticos engendran víboras. Y un tirano de Asia no considera la vida humana con respeto, ni le guarda estimación de ningún género, si el sacrificarla conviene, ó bien á sus intereses corrientes, ó bien á sus miras para lo porvenir. Los Abasidas inmolaron, en banquete nocturno muy esplendoroso y muy rico, á sus convidados los Abderramanes, con tal exacta crueldad, que uno solo de la familia inmolada, muy joven, casi niño, uno solo, escapó al general degüello. No, no debe maravillarnos la enorme atrocidad atribuída por el evangelista San Mateo al tirano Herodes. Los abogados inscritos en su defensa, una especie de originales y extravagantes historiadores, quienes, por llevar á todo el mundo la contraria, defienden hasta la traición de Judas, refiérennos que, habiendo tenido Herodes una bien triste arbitrariedad, la de poner el águila, símbolo de la tiranía imperial y de la religión pagana, sobre los pórticos



de aquel magno templo, que recordara en Jerusalén su Dios y su libertad á los judíos; como éstos depusieran el símbolo de su deshonra y de su esclavitud, Herodes cogió á cuarenta de tan celosos patriotas y los quemó vivos en sus jardines de Jericó. Tan cruel tirano perteneció á los idumeos, y en tierra judía un idumeo nunca olió á santo. Esaú fijó allí habitación y residencia después de vendida su primogenitura; y todo nieto de aquél, que la heredara, guardábale invencibles repugnancias y conocía su tierra con una denominación que significa tanto como tierra cruentísima. Nunca estuvo aquella especie de tribu confinante con Judá en república, ni en teocracia, cual habían estado sus próximos parientes los israelitas. En cambio estuvieron muchas veces cautivos. Por último, cuando se restableció el reino judío, tras la cautividad en Babilonia, incorporaron á Judá Idumea, más nunca la tuvieron en gran predicamento. Así Herodes, á pesar de reconstruir el templo y hacer sus pórticos más amplios y más hermosos que los antiguos, y elevar sus paredes, compuestas de piedras blancas relucientes, á una inconmensurable altitud, selló con marca de ignominia, con el águila rapaz de los romanos, la propia obra suya, y fatigadísimo del ceño que veía en su pueblo, se retiró á la tierra heterodoxa, digámoslo así, de Jericó. Esta

ciudad antigua de los cananeos, aunque sita cerca del Jordán, hallábase fuera del territorio codiciado por Israel y prometido á su descendencia. Por esta razón Josué la sitió, como enemiga de Israel. Y el sol se detuvo contra ella en su curso diario; y las murallas de ella cayeron al sonido estridente de las trompetas hebraicas. Hoy no restan de Jericó ni las ruinas. Aquella tierra de Canaán, codiciada por tantos pueblos, parece un cementerio, de cuyos muertos ha esparcido el terremoto los huesos, el huracán las cenizas. Apenas queda un seto que recuerde sus murallas y unas cuevas de animales, no de hombres, que recuerdan sus palacios. Y, sin embargo, el cinamomo tan alabado por las profecías judaicas, el sauce que llora la muerte sobre las tumbas, el ciprés que al cielo mira y recuerda la inmortalidad, las palmas que de antiguo significan el triunfo, los alabados sicomoros, la rosa de Jericó en el *Cantar de los Cantares* encarecida y por todos los profetas á las auroras del Oriente comparada, los vegetales asiáticos, así los que huelen á gloria como los que nutren y alimentan nuestra especie, campeaban allí bajo un cielo esplendoroso, regados por las aguas de pródidas fuentes, cuyas virtudes trascendían á flores y á frutas sin cuento. Mas en la tradición judaica Herodes representa el tirano, y representando el



tirano, Herodes lleva consigo crímenes que solamente se ocurren á la feroz tiranía. Por eso no puede maravillarnos que le hayan atribuído las tradiciones cristianas el degüello de los inocentes. Paso tal como este ha trascendido á la memoria de todos los tiempos y ha entrado en el seno de todas las artes. Nuestra catedral de Avila, tan hermosa, guarda en su trascoro un bajorelieve, representativo de la degollación. Aunque la escultura, de suyo serena y clásica, se preste poco á la violencia de los verdugos que matan pobres criaturas inocentes y á los extremos de madres que defienden aquellos frutos de sus entrañas y quisieran ver antes despedazados sus corazones que sus hijos, hay en aquel grupo de nuestro Renacimiento trágica expresión é ingenua propiedad. La mujer, que grita en la puerta de un castillo al pedir socorro, parece clamar ablandando las piedras, y las otras mujeres que defienden las amadas prendas, á quienes trucidan tantos ferocísimos sicarios, parecen águilas en defensa de su nido, leonas en defensa de sus cachorros. Más verdad hay allí que no en el cuadro de Guido Reni representando paso igual. A la izquierda se descubren, por el fondo, algunas vulgares casas; á la derecha grandiosos edificios que recuerdan los monumentos romanos; allá, en lo alto, vense dos ángeles, muy vulgares

entre nubes arremolinadas y con palmas puestas en los hombros; todas las mujeres allí perseguidas recuerdan las coetaneas de Reni, y todas están, no tanto estudiadas en el natural, como fingidas por una escuela del todo artificiosa; los degolladores también representan, más que seres naturales, reminiscencias clásicas; á la derecha corren dos madres aterradas y gritando; en el centro numeroso grupo, admirablemente vestido y mejor peinado todavía, finge un dolor teatral entre sus hijos, ó amenazados en el regazo por la implacable persecución, ó muertos á sus plantas ya en diversas actitudes; á la izquierda huye una, pero el sicario la coge por su cabellera y amenaza, frenético, inmolar al niño que lleva la infeliz en sus brazos; todas recuerdan cómo el arte italiano ha decaído en el siglo décimo-séptimo y cómo la escuela de Bolonia, en cuyo seno está inscrito Reni, degenera, precipitada en lo que más denigra y envilece las artes, en una imitación servil, en cuyo seno se reúnen y compendia todas las degeneraciones. Estos cuadros, á pesar de su imperfección, demuestran cuánto duran las energías de inspiraciones como las que ha sugerido el cristianismo y cuánto influyen los Evangelios, con qué santa eficacia, en la historia y en las tradiciones artísticas.